



COMUNISMO SOVIÉTICO Y SOCIALISMO ESPAÑOL

Javier FISAC SECO

De la conducta de Stalin con respecto a la cuestión española, no puede deducirse que fuese de interés estratégico para la Unión Soviética el triunfo de los republicanos sobre los nacionales y el derrocamiento de Franco en la inmediata posguerra y durante la guerra fría. Y sin embargo, a pesar de que, como dijo I. Prieto, «el comunismo no tenía existencia tangible en España» (1), el pueblo español desarrolló durante la Dictadura una cierta simpatía hacia la URSS, como si el antifranquismo estuviera en deuda o debiera agradecerle algo a la Unión Soviética, como si Rusia, en el argot más común de la época, hubiese hecho algo por el pueblo español.

No resulta fácil encontrar las razones de esta simpatía. Prieto explicó que consumada la derrota de la República, el Kremlin utilizó España como instrumento de propaganda, aprovechando debilidades y deserciones de los países democráticos. «Cien pe-

(1) Prieto, J., «No hay mal que por bien no venga. Utilidad de una cochinada», *El Socialista*, e, 5-1-1956. [En adelante se cita de la edición de *El Socialista* en el exilio en Francia.]

riódicos pagados por Moscú llevan dieciséis años proclamando en los cinco continentes que Rusia, ella sola, era la que se enfrentaba a Franco y buen número de radioemisoras instaladas detrás de la Cortina de Hierro han venido vertiendo en oídos españoles millones y millones de palabras ardorosas prometiendo que los *soviets* liberarían España del franquismo» (2).

Llopis añadió que el anticomunismo del régimen de Franco presentaba a los comunistas como agentes que se encontraban detrás de cualquier acción realizada por las oposiciones al régimen, de manera que frente a la Dictadura todos eran presentados como comunistas, con el resultado final de que el PCE y la URSS se presentaban, indirectamente, como los únicos enemigos del francofalangismo (3).

Si bien no era cierto que la única oposición fuese comunista, tampoco lo fue que Stalin tuviera interés alguno en contribuir a la liberación de España. Y sin embargo se fue construyendo un mito soviético que forma parte de la mentalidad de un gran número de españoles, no sólo porque más de dos millones sigan alimentando ese mito, sino porque otros muchos sentimentalizan sus actitudes, en cuestiones internacionales, desde esa perspectiva mitológica, consciente o inconscientemente antioccidental y sustancialmente totalitaria.

Durante la guerra civil Rusia traicionó a la República. La ayudó tarde y con daño porque interviniendo en los asuntos internos de España salía del aislamiento internacional en que se encontraba. Sirvió el armamento, escaso y no siempre bueno, con cuentagotas, cobrándolo por anticipado y en oro. Poniendo, además, condiciones políticas a sus entregas, imponiendo generales de su devoción y obligando a dimitir a quienes no se sometían a sus dictados, como los casos de Largo Caballero y Prieto.

Su propósito y su compromiso no parecían ser otros que procurar que los republicanos no ganasen la guerra. «Toda su conducta durante la guerra hacía suponer que quería cotizar internacionalmente su influencia en España. Y cotizarla, sobre todo, para entenderse con Hitler. Esa era su obsesión» (4). Y, apenas terminada la guerra, los que en ella fueron oficialmente enemigos, Hitler y Stalin, firmaron el pacto germanosoviético de agosto de 1939.

(2) *Ibidem.*

(3) Llopis, R., «Dos mitos menos. Ni anticomunismo franquista, ni anti-franquismo comunista», *El Socialista*, 22-12-1955.

(4) *Ibidem.*

Durante la Segunda Guerra Mundial y a pesar de la presencia de la División Azul, enmascarada como voluntarios en la 250 División de la *Werhmacht*, en el frente oriental, Stalin no se dio por enterado oficialmente de la presencia de tropas españolas y siendo la única potencia contra la que intervinieron fuerzas españolas, no declaró la guerra a España. En sus manos estuvo el haberla declarado beligerante y de esa manera los aliados habrían tenido que intervenir en España, liberándola de la Dictadura. Araquistain, Prieto, Llopió dirán que eso era lo que menos interesaba a Stalin, dejar España bajo la influencia de las potencias occidentales. Por lo que preferirá conservar a Franco.

Por paradójico que parezca, el mismo Franco, en unas declaraciones que realizó el 19 de mayo de 1949 en la apertura de las Cortes, expuso lo siguiente:

«Los informes de los servicios de información aliada acusaban la fortaleza y las dificultades de la barrera del Atlántico. Rusia apretaba para que se cumpliese el segundo frente prometido en Teherán. Había que ganar tiempo e iba a ser la península Ibérica la sacrificada. Se propuso, en consecuencia, cambiar por un desembarco en la Península el proyecto de desembarco en Francia y fue el realismo de los *soviets*, como veréis por los telegramas que voy a leeros, el que evitó que se llevase a cabo aquella acción que la historia se encargaría de calificar.

»Telegrama del Foreign Office al State Department como consecuencia del informe presentado por el oficial general Jorge Strong:

»“Londres, 31 de enero de 1944. Llega a nuestro conocimiento y al Gobierno de Su Majestad el magnífico informe, trasladado por míster Harry Hopkins, que el jefe de información secreta americana ha presentado bajo la firma prestigiosa y respetable del oficial general Jorge Strong. La Gran Bretaña ve con el máximo interés, simpatía y deseo de acierto las sugerencias del distinguido firmante tanto más cuanto que a las facilidades que brinda la península Ibérica (sobre todo de lograrse una doble protesta impotente previa) se une el agrado con que seguramente nuestra magnífica y heroica aliada la URSS acogería ese puente de acceso a la fortaleza europea. Con la conformidad absoluta de nuestro *premier* y del Gobierno de Su Majestad británica y con nuestra felicitación por el indudable acierto. Robert Ardit.”

»Respuesta soviética:

»“Moscú, 7 de febrero de 1944. ¡Salud y unión! Reunido el politburó de la nueva República federal socialista rusa, bajo la

alta presidencia del compañero M.I. Kalinin, ve con agrado las frases del comunicado de Washington de 4 de febrero corriente, más no así la copia de la conformidad británica para algo que hemos rechazado sin discusión”.

»“A la RSFSR no le interesa en el momento presente la península Ibérica como simple paso que pudiera detener a sus aliados, con una simple triste parte de la hazaña en Italia, sin el ataque a fondo al *Reich* por la fortaleza del Atlántico. Toda otra cosa no la estima este politburó materia de discusión al presente. Ciertamente acogemos la afirmación británica de nuestro enorme interés permanente por la península Ibérica, pero sabemos cuál es el mejor procedimiento para nuestra mayor necesidad del momento”.

»Y termina:

«”¡La victoria o la muerte! En la torre gris del Kremlin. Por orden suprema del compañero Stalin, Anatoli Laurentiev”» (5).

En la inmediata posguerra, en San Francisco y en Potsdam se limitó a repudiar el régimen y a bloquear su ingreso en la ONU. Cuando en México se reconstituyeron las instituciones republicanas y se formó un gobierno, Rusia no lo reconoció para no perjudicarlo, explicó el gobierno soviético. «Pero nosotros —comenta Llopis—, interpretábamos la negativa de Molotov como una precaución para no verse en el trance de tener que discutir algún día el problema de la devolución del oro que todavía quedase depositado en Moscú» (6).

Acercas del oro español en Rusia, Prieto, entre otros dirigentes socialistas, escribió lo siguiente: «A raíz de haber fallecido el doctor Juan Negrín escribí una nota necrológica en la cual le calificué de hombre singular y referí alguna de sus singularidades. Los negrinistas se irritaron conmigo y a la vez no faltaron anti-negrinistas que me censuraron por mi lamentación de haberle negado a Negrín el abrazo que con tanta insistencia durante años me vino pidiendo, a pesar de mis continuos desaires.

»Mis necrologías —lo deduzco de esta y de otras anteriores— no suelen satisfacer a nadie. Los amigos incondicionales del difunto estiman que soy muy parco al elogiarle o que le ofendo —esto último parece ser el caso actual— y sus adversarios reputan blanda mi crítica. Si he de complacer a los caballe-

(5) *Mundo*, nº 473, pág. 171.

(6) Llopis, R., «Dos mitos menos», *op. cit.*

ros guardadores de cualquier santo sepulcro recién abierto, deberé entregarme a ditirambos sin tasa, y si he de contentar a los repudiadores del muerto, será menester que eche sobre la fresca tierra de la sepultura paletadas de lodo.

»Pero yo no escribí acerca de Negrín por cuenta de ninguno de los dos bandos sino por cuenta propia. Ateniéndome a anécdotas de Negrín, pude haber hecho la crónica más sensacional y más pintoresca de la guerra española, pero, sacrificando un indudable éxito periodístico, detuve mi pluma en ciertos límites que no quise rebasar.

»Más que con imparcialidad, procedí con generosidad. Creo que mis detractores del primer bando no aspirarían a que yo alabase la conducta política que Negrín siguió como jefe del Gobierno durante la guerra, cuando precisamente tal conducta me obligó a romper mi amistad con él. En cuanto a los del otro grupo, por mucha que sea la fortaleza de sus vínculos políticos conmigo, carecen de derecho para graduar mis afectos personales, pues éstos me los gobiernan yo solo.

»No tengo por qué rectificar ninguno de mis severos juicios sobre Negrín, expuestos pública y reiteradamente, lo cual no quita para que deploro haberle humillado tanto.

»En el mencionado artículo dije que la resolución más grave adoptada por Negrín desde el ministerio de Hacienda consistió en mandar a Rusia el oro del Banco de España, y copié un párrafo del relato que de tal envío inserté al prologar en México el año 1940 la segunda edición de mi folleto titulado “Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional”.

»Ante la estruendosa publicidad, promovida desde Madrid, a cuenta de haber entregado Rómulo Negrín al gobierno de Franco, cumpliendo instrucciones de su padre, los documentos justificativos de dicho depósito, es oportuno recordar que el envío se efectuó al amparo de un acuerdo unánime del Gobierno, quien, visto el peligro de que Madrid cayese en manos de los insurrectos, concedió al ministro de Hacienda —Negrín— la autorización pedida por éste para adoptar medidas de seguridad, no especificadas, respecto a las reservas metálicas del Banco emisor, y yo me enteré casualmente de la salida de ellas hacia Odessa por haber llegado a Cartagena el día mismo del embarque, dirigido personalmente por el propio ministro.

»Conocí todo lo relativo a la travesía y a lo ocurrido en Moscú por habérmelo contado en México el año 1939 uno de los cuatro funcionarios del Banco que figuraron en la expedición y con el

cual he vuelto a hablar ahora. Esta conversación y la sostenida con otros correligionarios, también exiliados aquí, que participaron en la custodia del preciadísimo cargamento, me permiten añadir varios detalles inéditos y destruir algunas fantasías.

»Desde que se ordenó que las auríferas reservas se llevaran a Cartagena, quedó abierto el enorme y complicado portón de acero que da acceso a las cámaras subterráneas de recios muros donde aquellas se guardaban, y allí mismo comenzaron a construirse cajas de madera para meter en ellas los talegos, embalaje demasiado frágil y poco discreto para el traslado.

»A una pseudoautobiografía de Valentín González, *El Campesino* —que éste no ha escrito y que acaso ni si quiera haya leído— pertenece el siguiente pasaje:

»“Cierta noche, recibí en mi puesto de mando la visita de José Díaz, secretario general del partido comunista, quien con gran secreto me anunció que debía encargarme de custodiar el oro del Banco de España entre Madrid y Cartagena. El apoderamiento de ese oro y su carga sobre camiones preparados al efecto, habían de efectuarse en dos horas.

»‘Será preciso emplear la fuerza’, le pregunté. ‘No será necesario —me contestó—; la cosa ha sido bien preparada y cuantos han de participar en ella es gente nuestra’. El director del Banco de España era un republicano honrado. Supe más tarde que Negrín le cito a una conferencia que duraría tres o cuatro horas: se trataba de alejarle del Banco el mayor tiempo posible.

»“Todos los que estaban de guardia aquella noche eran hombres nuestros. Varios, vestidos con uniformes de guardias de asalto, sacaron el oro de los subterráneos y lo cargaron en treinta y cinco camiones. Era oro amonedado y en barras. Según la lista que se me entregó, había en total 7.800 cajas. En cargar los camiones se invirtió menos de una hora. Abandonamos Madrid a las 10:42. A la salida de la ciudad, los chóferes fueron sustituidos y se pusieron banderas rojas en los camiones para indicar que iban cargados de explosivos, como así lo creían sus nuevos conductores.”

»La fantasía del autor de esta narración, en la que no hay media palabra de verdad, es tan grande como los disparates en que incurre.

»Según comunicó desde Moscú el embajador de España, Marcelino Pascua, las 7.800 cajas —cifra tomada de mi viejo relato— dieron un peso neto de 510.079.529,3 gramos de oro.

¿Cuáles eran el tamaño, resistencia y fuerza de esos fantásticos camiones que partieron de Madrid a las diez horas y cuarenta y dos minutos de la noche —ni un minuto antes ni un minuto después— para cargar cerca de 8.000 cajas con un peso total de algo más de 511 toneladas, si en la suma incluimos los envases?

»Pero además el narrador ignora que el número de cajas salidas de Madrid no se redujo a 7.800 sino que fueron 13.000, pesando 851,5 toneladas —números redondos descontado el embalaje—, porque no todo el oro llegado a Cartagena marchó a Odesa.

»Las 340,5 toneladas restantes se dividieron por partes iguales, en otras dos expediciones: una, anterior a la de Odesa, que fue a Marsella, y otra, muy posterior, a Barcelona. Esas cifras, junto con las de un depósito en Mont-de-Marsan —depósito rescatado por Franco— que databa de 1931, para responder de un préstamo del Banco de Francia al de España, representan la totalidad de las reservas amarillas de éste.

»Lo que *El Campesino* dice haber realizado con su gente en menos de una hora costó veintitantos días de trabajo. El gobernador y los subgobernadores del Banco conocieron oficialmente desde el primer instante el acuerdo de trasladar a Cartagena las reservas metálicas. Eso de citar a una entrevista fuera de su despacho al gobernador del Banco, el ilustre Nicolau d'Olwer, para durante ella soplarle las reservas de oro —y las de plata, mucho más voluminosas, que también se sacaron entonces, siendo luego vendidas en Norteamérica— remata majestuosamente la sarta de desatinos.

»*El Campesino* no intervino en nada. El oro y la plata se llevaron a Cartagena por ferrocarril y no por carretera, en trenes especiales que salieron casi a diario durante un mes, en cuya escolta alternaron carabineros profesionales y muchachos socialistas de la Motorizada, entidad que sirvió de núcleo a la ampliación de aquel veterano cuerpo.

»El Partido Socialista Obrero Español no podrá vanagloriarse de los resultados desdichadísimos que concluyó teniendo aquella aventura, pero en justicia, no puede, cual desea cierta propaganda, descargar toda la responsabilidad sobre los comunistas, aunque uno que lo fue, *El Campesino*, quiera colgarse el sambenito.

»Un ministro socialista pidió plena autorización para proceder libremente, el Gobierno del que formábamos parte otros cinco socialistas, incluso quien lo presidía, se la concedió y los

socialistas eran también los bancarios que dispusieron cuanto se les ordenó, tanto en España como en Rusia, así como los paisanos que convoyaron el cargamento entre Madrid y Cartagena.

»El enemigo, sin capacidad entonces para atacar por mar ni por tierra a Cartagena, se enteró desde primera hora de las expediciones a aquel puerto que fueron objeto de comentarios, salpicados de amenazas para los funcionarios del Banco que las dirigían, por el general Queipo de Llano en sus charlas radiofónicas desde Sevilla, aquellas charlas que algunos suponían inspiradas en el alcoholismo, siendo lo cierto que las dictaba el cretinismo.

»Negrín no pudo disimular un gesto de contrariedad al verme en Cartagena. Sin duda supuso que yo iba a husmear. Nada me comunicó con relación a su presencia allí. Conocí el motivo de ella porque el jefe del Apostadero me manifestó que el ministro de Hacienda le había pedido marineros para embarcar el oro, amontonado en el polvorín de la Algameca, habiéndoselos concedido. Aprobé el permiso, y a ello se redujo mi participación en el asunto.

»Julio Álvarez del Vayo ha afirmado, inventándolo, que por orden mía, como ministro de Marina, una escuadrilla de destructores salió convoyando a los cuatro barcos rusos portadores del tesoro. Éstos, que habían llegado conduciendo material de guerra, salieron uno a uno, escalonadamente, como si navegasen vacíos y en realidad así iban porque la carga distribuida entre los cuatro resultaba insignificante. Ninguna protección se me pidió ni yo la ofrecí.

»Refiriéndose al depósito en Moscú, ha dicho Manuel Martínez Feduchy, encargado de negocios de la embajada española en México, que “los recibos están condicionados a documentos que garantizan la entrega, firmados por las prominentes personalidades republicanas de aquella época, doctor Negrín, Indalecio Prieto, Luis Araquistain y Francisco Largo Caballero”. Trátase de otra invención, pues ni firmé ni tenía por qué firmar ningún documento de esa índole.

»Luis Araquistain, relatando una conferencia en nuestra embajada de París, a cuyo frente estaba, ha escrito: “Negrín me informó de que el depósito se hizo a nombre de Francisco Largo Caballero, entonces jefe del Gobierno republicano; Indalecio Prieto, ministro de Marina y Aire, y el propio Negrín, ministro de Hacienda. Para el caso de que alguno de los depositantes falleciera, había cuatro suplentes. En mis artículos mencionados (varios que publicó años atrás) omití los nombres de tres de ellos, que eran los siguientes: Marcelino Pascua, embajador de la República española en Moscú;

Fernando de los Ríos, embajador en Washington (ya fallecido) y Luis Jiménez de Asúa, ministro en Praga. El cuarto era yo. No sé si al morir Largo Caballero fue reemplazado por uno de los suplentes. En realidad ignoro si todo esto que me contó Negrín era una pura invención novelesca. Lo que hubiese de verdad o fantasía constará probablemente en los papeles que la familia de Negrín, según se dice, ha entregado a Franco”.

»Me inclino a reputarlo novela. Ni Negrín ni nadie me notificó nunca nada. Y mal puede ejercer sus derechos de depositante quien comienza por ignorar que lo es. En 1945 pasé muchas horas con Fernando de los Ríos, primeramente en el Medical Center, de Nueva York, donde estuve hospitalizado, y después en su casa, mientras convalecí. Jamás aquel inolvidable amigo me dijo palabra de tales designaciones que nos afectaban a ambos, señal evidente de que también las desconocía.

»Si figuré en la extraña lista, es de presumir que más tarde, por nuestras diferencias, Negrín me borrara de ella. Semejante sustitución sería absurda si el depósito lo hubiera hecho Juan Negrín a título de ministro de Hacienda, porque en tal caso no habría otro sustituto legítimo que su sucesor en dicho cargo ministerial. Pero si instituyó una sustitución personal, sería por haber establecido el depósito con carácter particular.

»Aquí surgiría el embrollo, ni si quiera eliminado si Negrín en el curso de estos años hubiese anulado tan caprichosa cláusula, sin cambiar la índole particular del depósito. Viviendo como viven algunos de los supuestos sustitutos, habría de contarse con su aquiescencia para la devolución y si fueron reemplazados por otros, no podría prescindirse de los reemplazantes. Aun sin unos ni otros, el embrollo podría producirlo algún familiar de Negrín, alegando derechos hereditarios.

»Por inspiración o, mejor dicho, por orden de la URSS, todos los satélites de ésta reconocieron al Gobierno republicano español en el exilio que se constituyó en México el año 1945. Pero ella nunca lo ha reconocido. No reconociendo al Gobierno en el exilio, se libraba de un reclamante molesto. Y como tampoco reconocía a Franco, quedaba libre, por un lado y por otro, de solicitudes gubernativas, en orden a la devolución del oro. Sus pocos deseos de efectuarla son notorios.

»No le faltarán parapetos donde seguir resguardando su negativa. Porque el hecho de haberse admitido a Franco en la ONU, merced al voto decisivo de Rusia en el Consejo de Seguridad, dista mucho del reconocimiento diplomático. Para el Kremlin no es Gobierno de España el que funciona en Madrid, ni el que

funciona en París. Por esa parte no tiene ataduras en las manos, ni acaso tampoco mediante singulares condiciones brindadas con el depósito.

»Todo, pues, depende de la voluntad del Kremlin. ¿Querrá éste comprar el reconocimiento de Franco a cambio de parte del oro español que conserva en su poder? De Rusia se puede esperar cualquier cosa. Si semejante compraventa se efectúa, el provecho para nuestro pueblo lo reputo escaso. Las hondas y extensas grietas de la economía española las vienen tapando los dólares norteamericanos, mas si pueden rellenarse con el oro que en Moscú fue almacenado, en Washington cesarán de atender las demandas mendicantes de Madrid» (7).

Pero donde se muestran, claramente, las razones de la política stalinista con respecto a España, es en un documento de la Kominform publicado por José María Aguirre en un artículo titulado «La URSS y el Occidente» (8), momentos antes de que se firmase el Pacto del Atlántico. Con este motivo, el 25 de marzo se reunieron en Lieja los delegados de siete partidos comunistas europeos: el luxemburgués, el holandés, el suizo, el belga, el francés, el italiano y el español. Roger Worms, enviado de la Kominform, asistió a la conferencia. Worms les comunicó que las potencias occidentales se proponían establecer en África bases de entrenamiento de sus efectivos, pero que no podrían llevar a cabo sus propósitos hasta que no quedasen resueltos el problema de las colonias italianas y el de España.

Precisó que, de esas dos cuestiones, la española le merecía especial atención a la Kominform. Ya que se trataba de impedir que el territorio y las costas españolas pudieran convertirse en bases aéreas y navales para los anglosajones y, a la vez, de que el problema político siguiese siendo utilizado por Moscú como manzana de la discordia en el mundo occidental.

«Los planes americanos —agregó Worms— en el sentido de poner a punto los puertos y los aeródromos de España, de transformar la Península en un gran centro de abastecimiento militar, chocan con los argumentos de orden político que aducen los ingleses y los franceses. (...)

»Es, pues, necesario —concluyó Worms— que en las circunstancias actuales, los comunistas españoles, tanto en el interior

(7) Prieto, I., «El oro español en Rusia. Historia y leyenda», *El Socialista*, 31-1-1957.

(8) *El Socialista*, 1-5-1949.

de su país como en el exilio, redoblen la propaganda contra los excesos del régimen. Hay que evitar a toda costa que los ingleses y los franceses se sientan inclinados a entenderse con Franco. (...)

»Es, sin embargo, necesario que comprendan que no resulta oportuno provocar ni favorecer cambio alguno de situación en el país. Una monarquía constitucional, un gobierno dirigido o influido por un socialista de los de Prieto, por ejemplo, se verían inmediatamente invitados a suscribir el Pacto del Atlántico».

Muerto Stalin y tras la firma, en 1953, de los acuerdos hispanonorteamericanos, la nueva dirección soviética, con Jruchev a la cabeza, inició un proceso de normalización de relaciones económicas y políticas con el régimen de Franco. En febrero de 1954 la Cruz Roja soviética comunicaba a la Cruz Roja francesa que 250 prisioneros de la División Azul quedarían en breve plazo a su disposición en el puerto de Odessa para que pudieran ser repatriados.

Con profunda tristeza comentaba Llopis este intercambio, porque ellos, los republicanos, no habían sido capaces de que sus refugiados pudieran salir de la URSS. Cuenta que en el puerto de Odessa se encontraban dos buques mercantes de la Marina española, el *Cabo San Agustín* y el *Sebastián El Cano*, con sus dotaciones completas. En la escuela de aviación de Bakú se hallaban perfeccionando sus estudios unos grupos de jóvenes pilotos españoles llegados a finales de 1938. Y esparcidos por villas y ciudades de Rusia había unos 5.000 niños con sus correspondientes maestros que un ministro comunista de Instrucción Pública había enviado en los años 1936-37 con el pretexto de salvarlos de los bombarderos fascistas, «pero en realidad con el siniestro designio de convertirlos en ciegos lacayos de Moscú» (9), añade Llopis.

Y sigue diciendo que ese mismo ministro, tras abandonar Rusia, contó la triste odisea de esos niños. Según él, conocieron el hambre y la miseria y a fuerza de sufrir privaciones de todo género y de haber sido explotados inicualemente en trabajos que sus cortos años no podían resistir, en 1942 habían fallecido ya unos 2.000. Y de los que quedaban, más de la mitad estaban minados por la tuberculosis.

Se lamentaba Llopis de que, a pesar de haber llamado a todas las puertas para conseguir la vuelta de los españoles en

(9) Llopis, R., «Dos mitos menos...», *op. cit.*

Rusia, fracasó siempre. «Yo me dirigí personalmente —comenta— al ministro comunista que formaba parte del Gobierno republicano que yo presidía. Lo hice con toda clase de miramientos. Le dije que había que pensar en la suerte de aquellos compatriotas encarcelados o internados, como tantos más, desde que Rusia entró en guerra (...). En tiempos de guerra todos los gobiernos adoptan medidas severas, excesivas y más de una vez se cometen errores graves (...). La guerra había terminado hacía mucho tiempo. Había llegado el momento de revisar.

»La respuesta no pudo ser más tajante. El gobierno soviético sabe lo que se hace —me dijo— Los españoles internados en los campos de concentración son ¡fascistas! ¿Fascistas esos españoles? Imposible. No lo eran cuando vivían en España. No lo han podido ser después, a menos que los años que han pasado en Rusia el régimen los haya hecho fascistas» (10).

«Moscú y Madrid se reconcilian», en expresión de Llopis (11). En mayo de 1955 Moscú solicitó al gobierno de Franco un visado para dos representantes del gobierno soviético, el ingeniero Gontcharov y el traductor Gvosdiev, para asistir al Congreso de la estandarización internacional.

No sin ironía, Llopis comentaba que en los discursos que pronunciaron en el Congreso no reclamaron la libertad de los trabajadores encarcelados, ni el restablecimiento de las libertades humanas. Se olvidaron conscientemente de los antifranquistas encarcelados en España. Prefirieron quedar bien con el régimen tiránico que les había concedido tan generosa hospitalidad y formalizar las relaciones comerciales que desde hacía años existían, más o menos clandestinamente, utilizando terceros países.

A lo que hay que añadir los encuentros entre soviéticos y francofalangistas en la Feria de Checoslovaquia, el entusiasmo de la delegación soviética apoyando la reunión que el Consejo General de la UNESCO iba a celebrar en Madrid, los agasajos de los invitados soviéticos en la Embajada española en París y las declaraciones que Molotov concedió al corresponsal de *Arriba*.

Periódicos de diferentes países se refirieron a la conversación que mantuvieron, en Nueva York, el ministro de Asuntos Exteriores de

(10) Llopis, R., «Malenkov y Franco han llegado a entenderse», *El Socialista*, 18-2-1954.

(11) *El Socialista*, 26-5-1955.

la URSS, Molotov, con el corresponsal de *Arriba*. En ella se presenta a la URSS como bien dispuesta para con España en cuanto al proyecto de un pacto de seguridad. La entrevista fue publicada el 25 de septiembre y realizada por el corresponsal Rodrigo Royo. Molotov dijo en la Asamblea general de la ONU que la URSS abogaba por el establecimiento, con la participación de los Estados Unidos, de un sistema de seguridad colectiva en Europa basado en los esfuerzos conjuntos de todos los países europeos, independientemente de sus sistemas sociales y políticos. Incluyendo a España.

El periódico francés *Combat* comentaba este acontecimiento el 27 de septiembre: «La intervú de Molotov constituye el primer contacto oficial de una personalidad soviética con la prensa franquista (...) pese a los contactos comerciales y de otra clase entre la URSS y España el régimen franquista aún no había sido reconocido, y esto es lo que acaba de hacer Molotov al afirmar que el pacto propuesto por su gobierno comprende, bien entendido, a España, si ésta tiene a bien adherirse».

El último acontecimiento con el que el gobierno soviético ratificó la utilización que del problema español habían hecho los comunistas, se mostró en el Consejo de Seguridad de la ONU con motivo de la solicitud de ingreso de dieciséis nuevos países en este organismo. Fue en diciembre de 1955. Poco antes, el 11 de octubre se envió de México al secretario general de la ONU y a todas las cancillerías de los gobiernos del mundo un documento formalizado a iniciativa y requerimiento del Ateneo Español de México.

Lo firmaban, junto a más de treinta entidades de la emigración republicana española y de personalidades de relieve, Juan J. Manso, por el Partido Comunista de España, y Luis García Lago, por el PSUC. En él se dice que la admisión de Franco en el seno de las Naciones Unidas supondría la paladina declaración de la inutilidad de la contienda, el triunfo del espíritu de Hitler y de Mussolini, y, por lo tanto, el error de haberlos combatido.

El gobierno soviético, sin embargo, y después de realizar varias volteretas, rectificó y a cambio de conseguir el ingreso de cuatro países satélites de Moscú y dejar fuera a Japón, votó a favor del ingreso de España en la ONU. Los comunistas se presentaban ante los socialistas como los nuevos valedores del régimen de Franco. Llopis publicó unas palabras de Jesús Hernández según las cuales «ser comunista a la hechura y medida de Moscú conduce a la larga a convertir al individuo en enemigo de los intereses nacionales que le son propios» (12).

(12) Llopis, R., «Un gran discurso de Spaak», *El Socialista*, 2-2-1956.

Todo ello contribuyó a que el Comité Director del PSOE, en su Comunicado del 7 de agosto de 1956, en Toulouse, declarase, entre otras cosas, que «el PSOE no colaborará con los francofalangistas ni con los comunistas (...) porque los francofalangistas son enemigos de la democracia y los comunistas, además de ser totalitarios, han enajenado totalmente su libertad de decisión para servir la política de Moscú» (13).

Por otra parte, en los temas internacionales el PSOE sí tuvo una opinión política y una posición política internacional vinculada a las resoluciones de la COMISCO, a pesar de que Arquistain dijera que carecían de política exterior. Más bien, lo que quería decir es que carecían de la política exterior adecuada para prestigiarse ante las grandes potencias y acabar con la Dictadura. Nada más oportuno que conocer sus opiniones sobre temas como las rebeliones en Hungría y Polonia, la coexistencia pacífica y el desarrollo de la influencia comunista en España, que leyendo alguno de sus artículos.

Con motivo de las revoluciones frustradas en Polonia y Hungría, *El Socialista* publicaba el siguiente Editorial: «...pueblos sometidos a la dictadura de la Unión Soviética en nombre del comunismo soviético. En nombre del comunismo se sojuzga a estos pueblos por la fuerza de las armas, se les explota económicamente y se les impone el culto público e ineludible de una pretendida ideología que no es sino una sucesión de consignas cambiantes, contradictorias y acomodaticias sobre cuyo cumplimiento o disconformidad recae fácilmente un fallo de traición respaldado por el verdugo.

»Contra eso ha reaccionado el pueblo polaco con éxito aún no plenamente logrado; contra eso se ha levantado con mayor violencia el pueblo húngaro, cuyos estudiantes y cuyos trabajadores combaten y mueren en estas horas en sus calles, en sus territorios por su pan y por su libertad. Sea cual fuere el resultado inmediato de la lucha, tanto sacrificio no será estéril.

»La perspectiva del tiempo afirmará cada vez más la convicción de que el fascismo y el llamado comunismo soviético son manifestaciones de un mismo fenómeno histórico y de que sus antagonismos no son sino la pugna por un mismo objetivo: el de dominar a las masas gregarizándolas por la fanatización y por el terror. En su evolución hacia la crisis, los dos movimientos se aproximan entre sí, como está ocurriendo entre la Unión Soviética y el franquismo. Bueno es señalar que Arkadi Sobolef, el delegado ruso que ahora se ha quedado solo en el Consejo de

(13) Comité Director, *El Socialista*, 16-8-1956.

Seguridad de las Naciones Unidas acusando de reaccionarios a los luchadores húngaros, es el mismo que hace pocos meses acudía con sorprendente espontaneidad al paraninfo de una Universidad católica norteamericana para felicitar a Martín Artajo en el acto de ser investido doctor *honoris causa*.

»Por eso, por su común naturaleza, comprendemos en una misma repulsa a los dos totalitarismos y esperamos que un mismo viento libere a esos pueblos y al nuestro. Por eso seguimos con emoción la lucha de los húngaros que, según noticias de última hora, parecen estar ya en el firme camino de su liberación; de una liberación que esperamos ver desembocar en el verdadero socialismo; en el que persigue al mismo tiempo el mayor bien económico y la mayor dignidad humana» (14).

Sobre la coexistencia pacífica, se preguntaba Julián Gorkin: «Qué significa la coexistencia para un comunista, soviético o internacional? Pura y sencillamente esto: una manera de ganar tiempo hasta poder suprimir la existencia de los adversarios. Y adversarios son para él todos los que se le oponen: individuos, partidos, sindicatos, naciones y pueblos. ¿Es nuevo y original todo esto? No puede ser nuevo para el demócrata informado y responsable, ya que la coexistencia, según su concepto, es un hecho que data desde 1917, es decir, desde que dieron su golpe de Estado los bolcheviques y establecieron el monopolio del poder por un solo partido mediante la destrucción de todas las otras fuerzas democráticas: liberales, mencheviques, socialistas revolucionarios, anarquistas. De entonces acá conviven o se conllevan los dos regímenes paralelos. ¿Por qué se agita ahora el tema de la coexistencia como si se tratara de una realidad reciente y original?

»Tampoco hay nada nuevo en todo esto para el militante comunista. Sabe éste que la incompatibilidad fundamental entre el comunismo y el capitalismo, en el cual engloba a todo el que no es comunista, constituye una de las bases indiscutibles de la doctrina y de la táctica de Lenin. Mientras no provocara el hundimiento del último Estado capitalista, el Estado bolchevique debía considerarse en guerra permanente, “una guerra cien veces más difícil, más larga y más compleja que la más encarnizada de las guerras ordinarias entre Estados”. En esta guerra había que demostrar una absoluta inflexibilidad respecto de la finalidad perseguida y una gran flexibilidad táctica en los medios puestos al servicio de esta finalidad.

(14) Editorial, «La historia se mueve. Polonia, Hungría...», *El Socialista*, 1-9-1956.

»El fin justifica los medios. Y en el libro que lo acredita como gran estratega y táctico político, les decía a los sectarios ultraizquierdistas del comunismo: “Prohibirse de antemano toda maniobra, toda utilización de los antagonismos de intereses —aun cuando sólo sean momentáneos— que dividen a nuestros enemigos, todo acuerdo y todo compromiso con unos posibles aliados —aun cuando se trate de aliados provisionales, poco seguros, vacilantes, condicionales—, ¿no constituye un ridículo sin límites?”. Toda la mentalidad y toda la política del movimiento comunista han sido formadas en esta escuela.

»Concepto totalitario del poder, del régimen, de la doctrina; pero cuando la necesidad lo exige, no vacilan en aliarse con unos adversarios contra otros, dividiéndolos y debilitándolos hasta acabar con todos ellos por igual. Clase contra clase un día y frente popular otro, la democracia contra el fascismo durante un tiempo y el pacto con Hitler contra las plutocracias durante otro, la destrucción del “fascista” Tito en 1948 y el deseo del retorno del hijo pródigo hoy (...)

»Lo que no se ve en todo esto es la aceptación de la coexistencia normal y pacífica entre los dos mundos como estado permanente. El demócrata la acepta, el comunista totalitario no. Y ahí reside la gran debilidad del demócrata respecto del comunista. ¿Cómo puede aceptarla éste mientras mantenga el mundo dividido por medio de una espantosa cortina de hierro?

»Sin embargo, los hombres del Kremlin no cesan de repetir, de tres años a esta parte, sus declaraciones a favor de la “coexistencia pacífica” y de la “emulación entre los regímenes diferentes”. ¿A qué se debe ello? A una necesidad circunstancial y táctica.

»Ya Carlos Marx decía en su tiempo: “Rusia es un animal que no discute más que con otro animal de su misma talla”. Si esto era cierto respecto de la Rusia zarista, lo es aún más respecto de la Rusia comunista. Para ésta sólo existe un problema: el problema de la relación de fuerzas. Todas las otras consideraciones de tipo humano, moral o político no contaron nunca y no cuentan en la mentalidad de sus jefes. ¿Son más fuertes? Pues atacan e imponen su dominación sin miramientos. ¿Son más débiles? Pues tratan de ganar tiempo, de dividir y de debilitar a sus adversarios y de fortalecerse ellos para pasar al nuevo ataque.

»Esta táctica la definía con gran precisión el *Tägliche Rundschau*, órgano de la Comisión Soviética de Control de Berlín, a fines de marzo de 1953. Tomando como ejemplo la firma del tratado de Brest-Litovsk, decía: “Proponiendo la conclusión

del tratado de paz con Alemania a toda costa, Lenin nos dio un ejemplo práctico de estrategia y de táctica marxista. El disimulo es con frecuencia necesario cuando la potencia del enemigo es superior a la nuestra y la retirada nos permite rehacer las fuerzas. Sólo entonces resulta posible preparar un nuevo ataque y forjar la victoria”.

»Cuando las potencias occidentales, desconociendo la naturaleza del comunismo soviético y fiando en las apariencias bonachonas de Stalin, se apresuran a desarmar y a desmovilizar terminada la guerra con Alemania y con el Japón, el pérfido y brutal imperialismo ruso-stalinista se traga tranquilamente una docena de países, entre ellos Checoslovaquia. Benes y Masaryk habían creído en la coexistencia normal y pacífica y le habían asegurado incluso a Roosevelt que Stalin era hombre de palabra. La coexistencia les costó la existencia y a su pobre pueblo la pérdida de la libertad.

»¿Cuándo empieza el Kremlin a hablar de la “nueva coexistencia” y del “comercio Este-Oeste”? Cuando después del golpe de Checoslovaquia, del bloqueo de Berlín y del ataque de Corea ve que las potencias occidentales se arman vigorosamente, articulan sus defensas y pronuncian un decidido “hasta aquí”. La relación de fuerzas ha empezado a cambiar en su contra y los hombres del Kremlin no quieren jugárselo todo a una carta. Cuentan con fuerzas suficientes para dominar a Europa en una guerra limitada y corta y, con ayuda de la China de Mao Ze Dong, para dominar al Asia, pero no cuentan con fuerzas suficientes para vencer, en una guerra larga y mundial, al potencial norteamericano.

»Según todos los cálculos, la URSS produciría en 1960, al final del sexto plan quinquenal, la mitad del acero que produjeron los Estados Unidos —sin hablar de Inglaterra y de la Europa continental— en 1951. Charles Wilson pronunció hace tres años estas rotundas palabras: “Los Estados Unidos producen en trece semanas la misma cantidad de acero que produce la URSS en un año. Los hombres del Kremlin no se paran en argumentos morales, pero leen las estadísticas”.

»La relación de fuerzas no se mide tan sólo por el número de divisiones y por las toneladas de acero, de hierro fundido, de carbón y de petróleo. Intervienen en ella otros muchos factores. Uno de ellos: la situación interior. La situación interior de la URSS es pésima. Stalin les ha dejado a sus sucesores una herencia casi catastrófica. La situación de la agricultura y de la ganadería, sobre todo, no puede ser peor. Jruchev, Malenkov y Mikoyan han tenido que confesar públicamente que Rusia posee

hoy menos ganado caballar y lanar que en 1916, en tiempos del zarismo. Las causas principales residen en las colectivizaciones forzosas y en la guerra última. Ahora bien, de 1916 a 1955, la población rusa ha pasado de 150 millones a 210. ¿Ha sido sustituida la falta de ganado por los medios mecánicos? La URSS posee tan sólo 600.000 tractores. El Kremlin ha venido destinando el 70% de sus capitales en el sector socializado a la industria pesada de los armamentos y tan sólo el 8% a la agricultura. Las masas obreras y campesinas tienen hambre, un hambre crónica. Las castas privilegiadas, que alcanzan el 10% de la población, cobran grandes sueldos, pero no tienen suficientes artículos de consumo que comprar. ¿Cómo solucionar el problema?

»Goering planteó en su tiempo el dilema de la mantequilla o los cañones. Los hombres del Kremlin son mucho más inteligentes: ellos quieren continuar la producción de cañones —y de todo el armamento moderno— y la mantequilla se la proporcionará el mundo capitalista mediante la intensificación del comercio Este-Oeste. Buena prueba de ello es que en la última reunión del Soviet Supremo, que ha registrado la desgracia de Malenkov, se ha destinado un 10% más a la industria pesada de los armamentos. Así se explica la coexistencia pacífica.

»El Kremlin necesita una tregua. La necesita, además, para solucionar el grave problema de la sucesión de Stalin. Ha desaparecido Beria de la escena política. Ha quedado relegado Malenkov y, seguramente, no tardará en seguir la suerte de Beria. ¿Quién será el dictador totalitario? ¿Jruchev? ¿Zujov? ¿Cuántas eliminaciones serán necesarias para ello? Hay que consolidar, por otra parte, la situación de los países satélites. Los acontecimientos de junio de 1953 en Alemania Oriental, con unas repercusiones inmediatas en Checoslovaquia y en Polonia, demostraron que, en caso de guerra, esos pueblos se convertirán en aliados naturales del mundo democrático, sobre todo si éste sabe aplicar una política de consecuencia.

»Sí, el Kremlin necesita una tregua para solucionar sus problemas y para fortalecerse. Para fortalecerse, sobre todo, apaciguando y dividiendo a sus adversarios, debilitándolos hasta donde sea posible. Después del término de las guerras de Corea y de Indochina, el reciente tratado con Austria significa un paso en ese sentido. Ha sido una manera de decirle a la Alemania occidental: Si quieres realizar un día la unidad de las dos Alemani-
nias, trata con nosotros, renuncia a la unidad europea y atlántica y declárate neutral. La visita a Belgrado es otro paso. Moscú y Pekín necesitan aumentar el volumen de los países neutralistas en Europa y en Asia. Es preciso impedir la unidad y desarticular las defensas del mundo occidental. La coexistencia pacífica, así

comprendida puede convertirse en una nueva arma de guerra en manos del comunismo.

»Yo no preconizo ni preconizaré jamás una guerra preventiva contra la URSS. Una guerra, en estos momentos o en los próximos años, sería la peor de las catástrofes. Soy partidario de la tregua, de una tregua lo más larga posible. Pero a condición de que esta tregua no les sirva tan sólo a los comunistas. A condición de que la aprovechemos para fortalecernos en todos los dominios —en el material lo mismo que en el moral y en el político— y para debilitar, por ende, al peligrosísimo adversario. ¿La coexistencia? Bueno, pero como dijo hace unos meses un político francés, para poder coexistir es menester existir antes. Es menester garantizar la propia existencia. Es evidente para mí que esa garantía sólo podemos encontrarla en la unificación democrática de Europa y en la realización efectiva —y en la defensa permanente— de eso que se llama el mundo libre» (15).

Araquistain, que criticaba una cierta «comprensión» de Prieto hacia el adelanto tecnológico soviético, en esos momentos, opinaba que «lo que no se puede admitir es la tesis de Jruchev, en su discurso para celebrar los cuarenta años de la revolución rusa, espectacular coincidencia con el lanzamiento de los satélites mecánicos, de que este progreso balístico se debe a la constitución socialista del Estado soviético. El socialismo nada tiene que ver con ese régimen. Su economía es lo que hoy se llama capitalismo de Estado, economía de un Estado-patrono, muy semejante a la que con el nombre de intervencionismo y también mercantilismo practicaron las grandes potencias europeas en los siglos XVI y XVII. Los Estados antiliberales controlaban entonces la economía nacional, principalmente con fines de guerra, como ha hecho Rusia en los últimos cuarenta años, con tres siglos de retraso. Eso es lo que celebra estos días y no el triunfo del socialismo.

»El precio de ese régimen y de su progreso técnico ha sido el sacrificio económico del pueblo ruso y de todas sus libertades políticas. Es el triunfo de la industria pesada, de la industria de guerra, a costa de la agricultura y de la industria para los artículos de consumo personal. Es la producción de armamentos, a costa de la mantequilla del pueblo, como preconizaba Goering en Alemania y le imitaba Stalin en Rusia.

»Jruchev atribuye la falta de viviendas en su país a la herencia del zarismo y a las destrucciones de la Segunda Guerra

(15) Gorkin, Julián, «¿Es posible la coexistencia pacífica?», *El Socialista*, 7-8-1955.

Mundial. Pero Alemania, el país más asolado por esa guerra, se ha reedificado enteramente en doce años. No, la falta de casas, la gran escasez de carne y otros comestibles, de ropas y de casi todos los artículos de primera necesidad, que el propio Jruchev reconoce, sólo se debe a que en Rusia el Estado patrón antiliberal, el Estado capitalista, llamado por antífrasis Estado socialista, no se ha preocupado hasta ahora más que de la industria de guerra y del bienestar exclusivo de la gigantesca burocracia gobernante, monopolizada por el partido comunista.

»Jruchev prometió en su discurso elevar en una docena de años el nivel de vida del pueblo ruso a la altura del pueblo norteamericano. Así sea. Y que también le eleve al nivel de las libertades americanas. Con ello confiesa implícitamente que no sólo de satélites mecánicos vive el hombre, que la técnica es también para el pueblo y no el pueblo para la técnica bélica y para el Estado patrón y enemigo de las libertades públicas» (16).

Volviendo a la cuestión sobre los orígenes del comunismo en España, Prieto comenta el número de marzo de la revista *Ibérica* que editaba en Nueva York Victoria Kent, en concreto el artículo titulado «El trabajo sindical en España», que contiene consideraciones relativas al florecimiento y reflorecimiento del comunismo en España y comenta: «El comunismo no levantó cabeza en España hasta la guerra civil y ello hubo de ocurrir porque Rusia con el suministro de armas, cobradas a buen precio, desplegó coacciones irresistibles. Todo provenía de ser Rusia nuestra única proveedora de material bélico».

En otro artículo se refiere a la dura persecución a que son sometidos los socialistas y al trato benevolente que reciben los comunistas y relata que «dos miembros del Comité Central comunista residente en México habían vuelto a España, donde descubiertos se les condenó a pena de muerte que les fue conmutada por la de cadena perpetua, de la cual seguidamente se les indultó, retornando a México: «Semejante condescendencia, no usual con los socialistas —Tomás Centeno, presidente de una Comisión socialista que actuaba clandestinamente, sucumbió en la Dirección General de Seguridad, víctima de horrosos suplicios—, ni con afiliados a la Confederación Nacional del Trabajo, ha adquirido últimamente extremos muy sospechosos».

En el mensaje que al mundo democrático dirigió desde Toulouse en agosto el Comité Director del PSOE, consta lo siguiente:

(16) Araquistain, L., «No sólo de satélites vive el hombre», *El Socialista*, 14-9-1957.

«Franco goza de absoluto monopolio político y sindical. Si acaso, por conveniencia táctica, deja moverse subrepticamente al comunismo, para dar apariencias de verosimilitud a su falsa aseveración de que si él desapareciese, el comunismo sería quien le reemplazara.

»De esta treta hay muchas señales, siendo la más significativa, por más reciente, la de que, según saben los servicios informativos de varias potencias, un líder comunista español, transportado en un automóvil por cierto ex torero, íntimo amigo de Franco, pasó a España para entrevistarse con el ministro de la Gobernación.

»El líder comunista es Santiago Carrillo, quien, entre otros méritos tiene el de habernos traicionado desde la secretaría de las Juventudes Socialistas deslizándolas hacia el stalinismo, el de haber utilizado cargo de tanta confianza para ordenar, antes de la guerra, algunos crímenes, sobre todo uno, sonadísimo, que se cometió en Guipúzcoa y en cuya comisión los obedientes autores se equivocaron de víctima y el mérito, también excepcional, de haber firmado y publicado un documento contra su padre por continuar siendo socialista (...) Fascismo y comunismo están unidos por su común odio a la democracia» (17).

En este sentido Ian Gilmour publicaba en *The Spectator* que «la supresión de la libertad y de los partidos democráticos da una inmensa ventaja a los comunistas. Sus dirigentes, hombres entregados a su causa y dispuestos a trabajar por ella veinticuatro horas diarias, se distinguen por su actividad clandestina y su organización.

»La costumbre de Franco de considerar comunistas a casi toda la oposición les da gran prestigio y popularidad. Su rígido y cerrado sistema de ideas no necesita, como las ideas democráticas, de discusión abierta para su propagación. En la incómoda atmósfera de España las certidumbres del marxismo le dan una atracción que de otro modo no tendría; en las Universidades ha habido un tremendo brote de marxismo, aunque sabido es que gran número de marxistas no son comunistas. (El Frente de Liberación Popular, muy importante en las Universidades, es una organización marxista en la que hay muchos católicos.)

»Los Estados Unidos han desacreditado los ideales democráticos y desalentado a los demócratas y su alianza con Franco

(17) Prieto, I., «Orígenes. El comunismo en España», *El Socialista*, 10-4-1958, «Maridaje peligroso. Comunistas y franquistas», *El Socialista*, 10-4-1958.

está haciendo surgir comunistas como conejos. Los rusos les ayudan. Les facilitan dinero y sobre todo emisoras de radio. Radio Praga se escucha poco, la BBC algo menos y la Voz de América nada en absoluto. Los españoles no quieren oír hablar de las realizaciones de América —ya las pueden ver— o de las realizaciones de Gran Bretaña y Francia.

»Lo que quieren oír son temas españoles, lo que quieren oír son ataques al Caudillo. En consecuencia, escuchan, naturalmente, una de las nueve o diez emisoras comunistas que radian para España y en particular Radio España Independiente que emite desde Praga. No hay exageración en hablar de las ventajas que para los comunistas supone la posesión de sus propias estaciones, así como de las correspondientes desventajas que supone para los demócratas españoles el no tener ni una.

»España tiene tres cauces de información. El primero es la prensa extranjera, que sólo llega a una rigurosa minoría y que en cuanto contiene algo referente a España, es censurada y recogida. La segunda fuente es la prensa y la radio españolas, que no dicen la verdad a sus lectores u oyentes acerca de los asuntos interiores. Y el tercer cauce es la radio de países extranjeros.

»Mientras las emisoras comunistas dan a éstos oportunidades ilimitadas de propaganda y facilitan grandemente la organización, los demócratas españoles no reciben semejantes estímulos o facilidades. En esto, constituyen prácticamente la única oposición del mundo que carece de tales medios (...). Los demócratas españoles sólo pueden escoger entre la propaganda de Franco o la del comunismo.(...)

»Los comunistas necesitan del Caudillo como éste necesita de ellos. Cada uno es el arma del otro. En ningún otro régimen hubieran podido los comunistas florecer como lo hacen ahora, mientras que sin su existencia no es fácil de creer que ni siquiera la más virulenta manía de bases hubiese inducido al gobierno de los Estados Unidos a emplear el dinero del contribuyente americano en mantener al generalísimo. Franco dice a los americanos que o le dan dinero o España se hace comunista y los americanos se apresuran a pagar. Lo que no llegan a comprender es que lo que están comprando no es Franco o el comunismo, sino Franco y el comunismo. Los dos juntos en un mismo fardo (...), mientras subsista Franco, su fuerza se incrementará rápidamente (18)».

(18) «Los comunistas y el régimen franquista», reproducción del artículo publicado en la revista inglesa *The Spectator*, de Ian Gilmour, *El Socialista*, 28-1-1960.

La III Internacional Comunista, aunque oficialmente disuelta, seguía conservando su ideología y los partidos comunistas su dependencia a los dictados de Moscú. Esa dependencia política estaba reconocida en la resolución sobre la asistencia proletaria a la Rusia soviética, aprobada en su IV Congreso, en la que se dice:

1) Los obreros de todos los países, sin distinción de ideas políticas o sindicales, están interesados en la consolidación de la Rusia soviética. Además del sentimiento profundamente enraizado de solidaridad proletaria, la conciencia de este interés determinó, ante todo, a los partidos y organizaciones obreras a apoyar la obra de socorro a los necesitados de Rusia.

2) La mejor ayuda para la Rusia soviética en la guerra económica es la lucha política revolucionaria de los obreros que deben ejercer una fuerte presión sobre sus respectivos gobiernos para obligarlos a reconocer al gobierno soviético y a proceder al restablecimiento de las relaciones comerciales con Rusia. Considerando la gran importancia que tiene para los trabajadores la existencia de la Rusia soviética, el proletariado mundial debe, simultáneamente con la acción política, movilizar el máximo de recursos económicos para apoyar a la Rusia soviética.

Por lo que a nadie debería extrañar que Stalin y sus sucesores se sirviesen de los partidos comunistas en exclusivo beneficio de sus intereses imperialistas, como, por otra parte, ya expuso Paul Henry Spaak en su discurso de noviembre de 1948 ante la Asamblea General de las Naciones Unidas (19).

La existencia de Rusia era lo prioritario, lo de menos era que fuesen los proletarios del mundo, dirigidos por los partidos comunistas, quintacolumnas en cada nación, quienes garantizaran su existencia o lo fuesen las alianzas con cualesquiera países e ideologías. Recuérdese el pacto germanosoviético de 1939 y el pacto de neutralidad con Japón de 1941. A la razón de Estado, siempre que fuese el Estado soviético, se subordinaban las alianzas, las simpatías y los constantes cambios estratégicos de los partidos comunistas en las distintas naciones. Por consiguiente, nada de lo que hiciese Stalin, o sus sucesores, podía resultar extraño o repugnante para sus simpatizantes.

De manera que, para marcar las diferencias, la Internacional Socialista, reconstituida en Francfort, en 1951, declaró que «el

(19) Spaak, P.H., «Por la paz y por la libertad», *El Socialista*, 9 y 16 del 12-1948.

movimiento internacional comunista es el instrumento de un nuevo imperialismo. Donde se ha adueñado del poder, ha suprimido la libertad y toda posibilidad de recuperarla. Se apoya en una burocracia militar y en una policía terrorista. Creando escandalosas diferencias de fortunas y de privilegios ha dado lugar a una nueva sociedad de clases» (20).

La otra cara de la moneda, el antinorteamericanismo, crecía proporcionalmente a las simpatías que despertaban el comunismo y los movimientos de liberación del Tercer Mundo. ¿Cuáles podrían ser las razones del distanciamiento popular y de muchas organizaciones izquierdistas o de izquierdistas en organizaciones reformistas, de las posiciones occidentales y euroatlánticas?

La influencia ideológica del comunismo, políticamente antieuropeista y antiatlantista, era una causa; pero tampoco pueden descartarse otras dos influencias autóctonas: la de la Falange, estatalista, nacionalista, autárquica antiliberal y antieuroatlántica, y la de la Iglesia católica española, la más reaccionaria e inculta, según Prieto, que se opuso a los tratados hispanonorteamericanos porque temía que por intermedio de las bases americanas se difundiría el protestantismo, el librepensamiento y la relajación de las costumbres, con su consiguiente pérdida de influencia en España.

El resultado final fue que comunismo y nacionalcatolicismo, como ya hemos visto en el artículo de Gilmour, fueron las dos influencias ideológicas y culturales a que las nuevas generaciones de españoles estuvieron sometidas durante la guerra fría. Las dos, enemigas de la integración de España en la cultura occidental. Pero existe una cuarta razón, fundamentada en los errores que los gobiernos norteamericanos cometieron desde Truman al normalizar, primero, las relaciones con el gobierno de Franco, y firmar los acuerdos hispanonorteamericanos, después.

Llopis lo razona de la siguiente manera: «Cada vez que el régimen franquista atraviesa un momento crítico, los Estados Unidos se apresuran a correr en socorro del dictador español. Es lo que acaba de suceder con el viaje reciente del Secretario de Estado, Foster Dulles, a Madrid (...). En estos momentos el régimen atraviesa una de esas crisis graves.

»La prensa española publicó, en vísperas de la llegada de Foster Dulles a Madrid, la nota verbal que Bulganin comunicó

(20) «Mensaje que el Partido Socialista Obrero Español dirige a España», *El Socialista*, 18 y 25-8-1955.

el 13 de diciembre, por conducto de la delegación soviética, a la delegación franquista de la ONU. El contenido de la nota, hecho para otros países, se refiere al riesgo que corre España al disponer de bases militares norteamericanas. Queda a tiro de los misiles soviéticos.

»La democracia española que reprocha a los Estados Unidos el haber rehabilitado internacionalmente al dictador español y que está convencida de que sin la protección que le presta habría desaparecido ya la dictadura franquista, encontrará en el viaje de Foster Dulles a Madrid y en esa nueva ayuda económica que se anuncia, nuevos motivos de indignación contra la malhadada política de los norteamericanos para con España.

»Esa política, lo hemos dicho muchas veces y no nos cansaremos de repetirlo, constituye un profundo error y tendrá, las tiene ya, graves consecuencias. El antiamericanismo es cada día mayor y más profundo en España. Y hay que temer que quienes combaten la dictadura franquista en nombre de la democracia, ante esa política que realiza un país democrático y ante la actitud no menos culpable que han adoptado para con Franco los gobiernos de otros países democráticos —salvo contadas excepciones que nos place reconocer— no terminen por perder, víctimas de tantas decepciones, la confianza y la esperanza que tenían puestas en la democracia. Ese es el momento que aguardan Moscú y sus agentes. Ya es hora, aún es tiempo de cambiar esa política funesta que nos ha hecho y nos sigue haciendo a todos tanto daño. No esperen a que sea demasiado tarde» (21).

Pero con ser cierto el análisis y el reproche que Llopis lanza contra los gobiernos norteamericanos, y no sólo, porque por las mismas razones criticó a los gobiernos europeos democráticos e incluso al Comité para la Conferencia Internacional Socialista (COMISCO), en otros momentos, no es, sin embargo, del todo justo, si se piensa en todo el pueblo norteamericano y en sus diversas organizaciones, sindicales, antifascistas y demócratas, que fueron las únicas que apoyaron, con medidas concretas y no sólo con resoluciones, a los socialistas en su lucha contra el régimen franquista.

De las gestiones que Trifón Gómez realizó, a partir de 1948, apoyado por la Federación Americana del Trabajo (AFL) destaca

(21) Llopis, R., «Una vez más. Foster Dulles corre en socorro del dictador», *El Socialista*, 2-2-58.

la simpatía y acogimiento con que fue recibido por la AFL que estuvo presionando sobre Truman para que no enviase ayuda económica y militar a Franco. Según Trifón este sindicato consiguió retardar, regatear y condicionar la ayuda a Franco (22).

Además, realizó una serie de gestiones ante los sindicatos, Congreso de Organizaciones Industriales (CIO) y AFL, ante la ONU y ante el Departamento de Estado (23). Se entrevistó con Phillip Murray, presidente CIO, con quien trató sobre la campaña a favor de que los Estados Unidos apoyasen a Franco. Tras esta reunión, la CIO, que en su Convención de Portland en 1948, aprobó una resolución en la que denunciaba al «fascista Franco en España» y se opuso a que Washington le ayudase, se ratificó en su posición de oponerse a que se concediera cualquier tipo de ayuda al dictador (24).

El 29 de abril, William Green, presidente de la AFL, Philip Murray, de la CIO, Jacob S. Potofki, del Sindicato del Vestido, Walter Reuther, del Sindicato del Automóvil, y cuarenta firmas más, entre las que se encontraban los obispos Henry Wise Hobson, de Ohio, y G. Asthon Oldhom, de Albany; los intelectuales y escritores Franklyn P. Adams, Samuel Hopkin, Thomas Mann, y James B. Carey, secretario tesorero de la CIO, Clark M. Elchelberger, presidente de la Asociación Americana pro Naciones Unidas, etcétera, enviaron un telegrama al presidente Truman pidiéndole que reafirmase la condena de los Estados Unidos contra el régimen franquista y diera instrucciones firmes para que se mantuviera intacta la resolución de las Naciones Unidas de 1946 (25).

Enviaron otro telegrama a Hebert V. Evatt, Presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas, y al Secretario General, Trygve Lie, encareciéndoles que hiciesen todo lo posible para mantener intacta la autoridad de las Naciones Unidas mediante la subsistencia de la resolución de 1946 (26).

El mismo día, Trifón Gómez participó en la reunión de la Asociación de los Obreros Ferroviarios, en Washington, en la que se

(22) «Viaje de Trifón Gómez a Estados Unidos», *El Socialista*, 26-9-1947; 18-6-1953.

(23) «Gestiones de Trifón Gómez en EE.UU.», *El Socialista*, 5 y 12-5-1949. Memoria. Relaciones internacionales, IVº Congreso del PSOE, *op. cit.*, págs. 27 y ss.

(24) *Ibidem.*

(25) *Ibidem.*

(26) *Ibidem.*

declaró que el gobierno norteamericano no debería perder el tiempo y expresar su rotunda desaprobación de toda clase de ayuda militar, mientras los derechos de los trabajadores y todos los otros derechos democráticos no fuesen restablecidos:

«No debería darse ninguna ayuda a España mientras los derechos democráticos no sean restablecidos. En estas condiciones, comunicamos a nuestro Gobierno que reafirmamos nuestro apoyo a la Declaración tripartita referente a Franco, adoptada por Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña el 4 de marzo de 1946 y a la resolución adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 12 de diciembre de 1946» (27).

Por mediación de Jaime Miravilles, Director del Spanish Information, organismo al servicio del restablecimiento de la democracia en España, Trifón Gómez hizo llegar un informe a cada una de las delegaciones de las Naciones Unidas, en el que se incluía una copia del acuerdo firmado entre el PSOE y el representante de la Confederación de Fuerzas Monárquicas Españolas.

Exponía la preocupación de las fuerzas políticas y sindicales, signatarias del Pacto de San Juan de Luz, por que se rectificase o anulase la resolución de la ONU. Argumentaba que aunque la retirada de embajadores no había contribuido a derribar a Franco, tenía un carácter de condena moral de su Régimen, y si se derogaba, podría ser utilizado por el Dictador para rehabilitarse, lo que conseguiría, si además se le admitía en los organismos internacionales dependientes de la ONU. Finalmente, expresaba su sorpresa porque los mismos países que lo habían repudiado, parecían dispuestos a cambiar de postura, a pesar de que el régimen no había evolucionado según se le pedía en la resolución (28).

Trifón Gómez también se entrevistó con altas personalidades del Departamento de Estado, a las que entregó un documento. En él recordaba que los Estados Unidos habían contraído un compromiso, concretado en la «nota tripartita», con la democracia española, más solemne que el de la ONU. Argumenta que la permanencia de Franco favorecería la penetración comunista en España, haciendo peligrar el Pacto del Atlántico, y solicita que Washington prohíba de manera concluyente cualquier préstamo de la Banca privada norteamericana y se ratifique en lo acordado en la «nota tripartita». En una nota adicional denuncia las declaraciones de Oliveira Salazar, del 7 de abril, favorables al ingreso de España en la OTAN y las de Franco a la International News Service, del 8

(27) *Ibidem.*

(28) *Ibidem.*

de abril, en las que manifiesta su disposición a un entendimiento directo con los Estados Unidos (29).

El mismo mes Prieto publica la correspondencia que venía manteniendo con Lowestone, secretario del Comité de Relaciones Exteriores de la AFL, quien le comunicó que había entregado a Dean Acheson, secretario de Estado, un informe en el que se recogían los puntos de vista expuestos por T. Gómez. Añadía que el documento había sido acogido con simpatía por Acheson, una actitud que le parecía contradictoria con el anuncio hecho por el funcionario del Departamento de Estado en el sentido de que los Estados Unidos votarían a favor de la normalización de las relaciones diplomáticas con España (30).

Prieto le envió un comunicado, proponiéndole que la AFL se lo entregase a Acheson antes de la reunión de la Asamblea General de la ONU, en el que dice:

«Primero. Que sería desastroso el efecto moral de que los Estados Unidos suscribieran o apoyasen cualquier iniciativa para restablecer la normalidad de las relaciones diplomáticas, contra lo reconocido el 12 de diciembre de 1946.

»Segundo. Que más desastroso sería el efecto de derogar el acuerdo de la misma fecha por el que se prohibía la participación de España en organismos internacionales establecidos por las Naciones Unidas, hasta que no se hubiese constituido en España un gobierno elegido por el pueblo.

»Tercero. Que en cualquier caso, el gobierno norteamericano reitera, de modo claro y terminante, los ofrecimientos contenidos en la declaración que suscribió, junto con París y Londres, en la “nota tripartita”, por los que se compromete a prestar auxilio diplomático y económico a un gobierno que en España realice los objetivos esenciales de la amnistía política, el regreso de los españoles exiliados, la libertad de reunión y asociación política y la adopción de medidas para celebrar elecciones públicas libres.

»Cuarto. Que el Departamento de Estado prohíba de manera concluyente y efectiva los préstamos que la España franquista solicita oficial o particularmente.

»Y quinto. Que se repita, en forma más apremiante, la exhortación del 4 de marzo de 1946 a los españoles antifranquistas para que, concentrándose debidamente, encuentren “los medios para lograr la retirada pacífica del general Franco”» (31).

(29) *Ibidem*.

(30) Prieto, I., «Las gestiones de la FAT», *El Socialista*, 7 y 14-4-1949.

(31) Prieto, I., «Las gestiones de la FAT», *El Socialista*, 7 y 14-4-1949.

A ello hay que añadir la Resolución sobre España del Partido Socialista Norteamericano. En su Congreso celebrado en Washington, dice:

«Considerando que la ayuda de los Estados Unidos al régimen español actual ha sido de primera importancia para el mantenimiento en el Poder del dictador, el generalísimo Franco, y

»Considerando que en ocasión de su reciente visita a España el Presidente Eisenhower ha sido fotografiado abrazando con efusión al dictador, y

»Considerando que la amistad de los Estados Unidos por Franco, el aliado de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial, hace ridícula la defensa de la democracia por los Estados Unidos, y

»Considerando que la política española de los Estados Unidos sirve para desilusionar a los socialistas españoles y a otros demócratas y para aumentar la fuerza del comunismo,

»Procede exigir que los Estados Unidos pongan fin a su programa de ayuda económica y de apoyo político al régimen franquista, y

»Procede resolver que nuestro Partido y todas sus secciones locales aprovechen todas las ocasiones para educar, demostrar y servirse de todos sus medios en el combate contra la tiranía franquista española, y, en fin,

»Procede que el Partido Socialista-Federación Social Democrática exprese públicamente, una vez más, su solidaridad con los socialistas españoles y con los demás demócratas, tanto si se encuentran en España como en el exilio, que prosiguen valientemente su lucha a favor de un régimen democrático y de libertad para el pueblo español que permanece tan largo tiempo oprimido» (32).

Y la Resolución sobre España de la Federación Internacional de Obreros del Transporte, en su XXVI Congreso, reunido en Berna del 20 al 30 de julio de 1960, que dice:

«Sabiendo que el régimen franquista continúa violando la libertad de pensamiento, en sus formas de expresión, de palabra y por escrito, también de acción, pues la huelga es delito gravísimo que se condena con sentencias de muchos años de cárcel, como lo prueban las condenas que por esos motivos sufren los sindicalistas Villegas y Salgado, y la prisión a que está sometido otro sindicalista, Amat, que continúa preso desde hace dos años sin habersele juzgado;

»Teniendo en cuenta que la política de estabilización que practica el régimen franquista, desde su ingreso en la OECDE, pesa

(32) «Resolución sobre España del Partido Socialista Norteamericano», *El Socialista*, 30-6-1960.

principalmente sobre los trabajadores, lo cual es injusto e indignante, pues obliga a millares de españoles a expatriarse en busca de trabajo para poder subsistir;

»Requiere a los gobiernos de los países democráticos para que no cooperen con el franquismo, por ser descrédito para la democracia, a la par que se debilitan las fuerzas democráticas en España;

»Exhorta a las organizaciones sindicales en general y a las del Transporte principalmente a trabajar activamente para que los gobiernos democráticos se vean obligados a retirar su apoyo a cualquier Institución de la que la España de Franco forme parte;

»Expresa su simpatía por el pueblo español y el deseo más vivo de ver restablecida la libertad en España lo antes posible» (33).

No sólo es una gran mentira, construida por la propaganda soviética, a base de los cien golpes, cien veces repetidos por sus medios de comunicación, como dijo Prieto, que los comunistas fuesen los únicos que se enfrentaban a Franco, sino una irritante paradoja, o en expresión más acertada de Isaac Deutscher, una ironía de la historia.

Pues Moscú, que tuvo en sus manos la posibilidad de acabar con Franco declarando beligerante a España, no lo hizo. Durante la guerra fría, tampoco hizo nada para derrocar a Franco por miedo a que una España democrática se integrase en el bloque occidental. Y, desde luego, nunca respetó los derechos individuales, ni los de quienes vivían en su propio país, ni los de aquellos que vivían en los países satélites.

Es una ironía de la historia que con esos retales, y con la colaboración de los comunismos francés e italiano, cuyos dirigentes llegaron a declarar que apoyarían al Ejército Rojo si invadía sus propios países, en España se configurase una mentalidad de simpatía hacia la Rusia soviética, con la que se construyó el mito.

De manera que resulta paradójico que quienes durante años dieron la cara y organizaron el movimiento obrero, anarquistas y socialistas, representantes de dos ideologías antitotalitarias y radicalmente defensoras de los derechos individuales, acabaran siendo desplazados, gracias a la propaganda que se realizaba fuera de España y al calor de la guerra fría por esa gran mentira que fue el stalinismo.

(33) *El Socialista*, 24-9-1960.